

## DON BOSCO, PEDAGOGO DE LA ALEGRÍA

Buenaventura DELGADO

Constataba Max Scheler que, en el espíritu moderno y sobre todo en el espíritu alemán del XIX, se había producido una «traición a la alegría», como consecuencia de un «falso heroísmo» o de una inhumana «idea del deber», propugnada por el pensamiento «burgués» y «prusiano».<sup>1</sup>

Scheler se refería a la alegría como *fuerza y necesario* movimiento concomitante de la vida moral; para él la alegría no es un fin en sí mismo sino una necesaria consecuencia de la acción moral.

Si hojeamos cualquier historia de la educación, podremos comprobar fácilmente que la alegría ni ha acompañado ni ha brotado espontáneamente del quehacer pedagógico; antes, por el contrario, ha estado muy lejos y en abierta oposición al mismo.

No parece sino que la escuela haya sido ideada como lugar de dolor, puesto que sus paredes han sido mudos testigos de las incontables lágrimas y horas de angustia de sus infelices moradores. La escuela más antigua de la que tenemos noticia, la *eduba* sumeria, de hace cuatro milenios probablemente, basaba toda su pedagogía en el terror:

«El que está encargado de dibujar (dice): ¿Por qué cuando yo no estaba aquí te levantabas? Y me pegó. El que está encargado de la puerta (dice): ¿Por qué cuando yo no estaba te marchaste? Y me pegó. El que está encargado de ... (dice): ¿Por qué cuando yo no estaba cogiste el ... ? Y me pegó. El que está encargado de los Sumerios (dice): Tú hablas ... Y me pegó».<sup>2</sup>

*Y me pegó* ha sido el estribillo de una pedagogía triste e inhumana, que ha estado vigente durante milenios hasta época muy reciente. «La oreja del joven está en sus espaldas. No escucha más que a quien le golpea», decía un viejo pensamiento egipcio.

El Antiguo Testamento – tan influido de los libros sapienciales egipcios y sumerios – apoya una pedagogía tan poco gratificante como la de sus modelos:

<sup>1</sup> M. SCHELER, *Amor y conocimiento*, Buenos Aires, Sur 1960, p. 103.

<sup>2</sup> S.N. KRAMER, *Schooldays: A sumerian composition relating to the education of a scribe*, en «Journal of the American Oriental Society» 69 (1949) 199-215.

«Odia a su hijo el que da paz a la vara; el que le ama se apresura a corregirle» (Prov 13,24).

«La necesidad se esconde en el corazón del niño, la vara de la corrección la hace salir de él» (Prov 22,15).

«La vara y el castigo da la sabiduría» (Prov 29,15).

«¿Tienes hijos? Instrúyelos, doblega desde la juventud su cuello» (Si 7,25).

«¿Tienes hijas? Vela por su honra y no les muestres un rostro demasiado jovial» (Si 26,13).

«El que ama a su hijo tiene siempre dispuesto el azote para que al fin pueda complacerse en él» (Si 30,1).

Esta pedagogía del temor y del castigo penetró con fuerza en el cristianismo y ha estado vigente hasta nuestros días. ¿Qué otro sentido tiene el dicho de la sabiduría popular castellana de «quien bien te quiere te hará llorar»? ¿Cómo justificar, de acuerdo con nuestro punto de vista y sensibilidad modernos, que el amor ha de ser doloroso?

Es sabido que el cristianismo no se ha nutrido únicamente de los veneros culturales judíos, sino también de otras fuentes como el helenismo. Judaísmo y helenismo coinciden en su visión optimista del hombre y de la naturaleza, aunque generen pedagogías distintas. Para el judaísmo la naturaleza es buena, como creada por Dios. El origen del mal no está en la materia creada por Dios sino en el ser; no existe dualismo cuerpo y alma, sino «carne», es decir, hombre, como principio único. La filosofía y la cultura judías giran en torno al axioma de la pertenencia al pueblo escogido y segregado entre los demás pueblos, guiado y conducido personalmente por Dios y por sus enviados. El centro de gravedad del pueblo hebreo está en Dios, mientras que para el pueblo helénico está en el hombre, concebido como la medida de todas las cosas. Este antropocentrismo, que impregna toda la vida del hombre griego como ciudadano, pensador y religioso y que se manifiesta en todas las manifestaciones culturales como son la arquitectura, la escultura, la poesía, el teatro y la música, se resume en una palabra que es el culmen de las aspiraciones del hombre bien educado: la *kalokagathia*, la belleza corporal y espiritual.

Antes de Sócrates, los griegos se habían inclinado más hacia la belleza física. Platón descubrió que, para llegar a la armonía entre el cuerpo y el espíritu, había que supeditar la *paideia* a la *paidia*, es decir, la educación al gozo, por lo que era preciso aprender jugando, divirtiéndose, bromeando.

«Quien no haya pasado por la escuela del gozo en los movimientos rítmicos y en la armonía de las canciones corales, es un hombre inculto. El hombre cultivado es el que posee el sentido de las bellas danzas».<sup>3</sup>

Obsesionado por la trascendencia del juego, Platón desarrolló una pedagogía lúdica inimaginada hasta entonces y redescubierta recientemente por los movimientos contemporáneos de vanguardia.

<sup>3</sup> W. JAEGER, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, F.C.E. 1957, p. 1035.

En su opinión el niño adquiriría con el juego el sentido del orden, del ritmo y del equilibrio, con el que era posible adquirir en una edad temprana un *ethos* adecuado. Tan convencido estaba de su descubrimiento que en el libro VII de *Las Leyes* estableció la ley de que había que aprender deleitándose, dejando plena libertad a los niños, para que ejercitasen su inventiva mediante los juegos, entre los tres y seis años. Terminada esta etapa infantil, no por ello terminaba la actividad lúdica sino que el juego se convertía en agente educativo, de la mano de los educadores expertos.

Desgraciadamente para el niño, estas sorprendentes ideas fueron sepultadas por el polvo de la historia. Los historiadores de la educación occidental querríamos hallar un *puer ludens*, algún lugar donde haya existido una pedagogía gozosa y alegre, unas escuelas acogedoras, unos maestros optimistas y entusiasmados con su profesión, unos pueblos orgullosos de su sistema educativo así como unos muchachos satisfechos de sus esfuerzos y del resultado de sus afanes escolares.

Querríamos ignorar que la pedagogía del temor y del látigo magistral han destrozado ingenios y han hecho aborrecer el estudio, antes de que los niños fuesen capaces de saber lo que era. En vano aconsejó Quintiliano evitar en los primeros años al *magister aridus, non minus teneris adhuc plantis siccum et sine umore ullo solum*,<sup>4</sup> dado que la amargura del primer aprendizaje podría extenderse más allá de la edad de la ignorancia.<sup>5</sup>

La realidad ha sido que el mejor y único recurso del maestro ha sido el látigo. *Manum ferulae subducere* era una perífrasis con la que se designaba la actividad del estudio. El *orbilianismo* fustigado por Horacio, el *magister aridus* denostado por Quintiliano y el *doctor amarus* de Aurelio Prudencio<sup>6</sup> han sido los tipos de maestros de todas o de la mayoría de las escuelas del occidente europeo con muy pocas excepciones como las de Clemente de Alejandría, Ramón Llull, Vittorino da Feltré, Erasmo, Vives..., defensores en vano de una pedagogía humana y alegre, que apenas si pasó del umbral de la escuela. *Si bene non scribis* – se decía en la Edad media – *scribam tua dorsa flagellis, tua dura rumpantur dorsa flagellis*.

Los cambios introducidos por el humanismo renacentista no fueron capaces de cambiar la escuela. Erasmo describió la escuela de su tiempo como escuela de terror y del látigo; más que escuelas le parecían muladares y calabozos. Otro tanto escribieron Rabelais, Palmireno, Bonifacio y muchos otros.

La *Ratio studiorum* de los jesuitas no prescindió de los medios coercitivos. Previó un *corrector* encargado de la administración de los azotes conseguidos en el aprendizaje. La Salle por su parte recomendaba en su *Guía* la vara y la

<sup>4</sup> M.F. QUINTILIANI, *Institutionis oratoriae libri duodecim*, 2.4, 8-9, Oxonii, Oxford Classical Texts 1950.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 1.20.

<sup>6</sup> A. PRUDENCIO, *Passio sancti Cassiani Forocorneliensis*, en: *Himnos a los mártires*. Edición, estudio preliminar y notas por M.J. Bayo, Madrid, CSIC 1946, pp. 140-144. .

palmeta. Lancaster, propagador del sistema que lleva su nombre, flagelaba a sus alumnos atados a la columna, o bien los colgaba en un cesto.

Llevaba razón Comenio cuando escribió lo siguiente:

«Para educar a la juventud se ha seguido generalmente un método tan duro, que las escuelas han sido vulgarmente tenidas por terror de los muchachos y destrozo de los ingenios, y la mayor parte de los discípulos, tomando horror a las letras y a los libros, se ha apresurado a acudir a los talleres de los artesanos o a tomar otro cualquier género de vida».

A lo largo de los siglos el aprendizaje escolar ha sido atroz. En Inglaterra el castigo nacional ha sido el látigo, considerado con carácter aristocrático y no como algo infamante. En Alemania se ha usado tradicionalmente el *schlague*, la «varita de junco», cuyo empleo ha estado reglamentado en las escuelas con rigor germánico, precisando el lugar donde podía golpearse, el número de golpes y el ceremonial litúrgico de su aplicación, a puerta cerrada y en la ausencia de los alumnos, a diferencia de castigos semejantes impartidos en el mundo anglosajón.

Un estudioso de los castigos corporales escolares de nuestro siglo llegó a contabilizar 34 tipos de castigos distintos, muchos de los cuales ha sufrido la generación a la que pertenezco.

Esta triste pedagogía ha tenido, no obstante, sus paréntesis y sus momentos placenteros, como han sido las fiestas escolares, principalmente la del *obispillo*, el teatro escolar, las fiestas de toros típicamente hispanas y más modernamente las competiciones deportivas.

La fiesta del obispillo, *episcopellus* o *episcopus puerorum* fue popular, a partir del siglo XIII en Inglaterra, Francia y España. El seis de diciembre, día de San Nicolás, patrón de los estudiantes, se escogía un obispillo entre los escolares de las escuelas catedralicias y ejercía su mandato hasta el 28 de diciembre, día de los Inocentes, en que volvía a reestablecerse el imperio de Herodes.

Más importancia adquirió el teatro escolar, las *farsas escolares* y los juegos de escarnio medievales, representados en fiestas señaladas ante las autoridades, a pesar de que con frecuencia eran el blanco de las burlas de los improvisados comediantes.

Con el tiempo los responsables de los estudios descubrieron el potencial didáctico de estas fiestas escolares y decidieron orientarlas desde el punto de vista educativo. En Salamanca el profesor de gramática estuvo obligado a representar con sus alumnos dos comedias de Terencio o de Plauto, alrededor de la fiesta de San Juan.

El incremento del teatro en Salamanca a finales del XVI fue tan considerable, que algunos claustrales elevaron su voz de alarma, llegando a prohibir que, en cualquier época del año, ni cómicos ni faranduleros representasen comedias ni tragedias, puesto que eran «grandísima ocasión de perturbar e alte-

rar los estudios de los mancebos de esta Universidad e los echan a perder e inquietar e no studiar».<sup>7</sup>

De poco sirvió esta prohibición, puesto que la afición al teatro, tanto en Salamanca como en otras ciudades universitarias, siguió con extraordinaria fuerza. Las comedias se representaban en un corral público, en los colegios universitarios, en las casas de pupilajes y en las casas particulares. Los actores eran los estudiantes y compañías profesionales.

Los jesuitas comprendieron la virtualidad del teatro y lo incorporaron a su sistema educativo. Multiplicaron el número de representaciones, desarrollaron un mayor fasto y complicaron los recursos escénicos, hasta llegar a un exagerado barroquismo. No hubo género dramático que los jesuitas dejaran de cultivar: obras clásicas, alegóricas, teológicas, bíblicas y populares, con fines educativos y a la vez de propaganda fueron representadas en los colegios de jesuitas de España, Italia, Francia, Países Bajos y América ante la presencia de las autoridades locales.<sup>8</sup> Los escolapios prosiguieron la tradición jesuítica sin renunciar al teatro. San Juan Bosco no tuvo que empezar de cero, sino aprovechar los recursos y experiencias acumulados durante siglos en la tradición pedagógica católica, adaptándolos a las necesidades de cada momento. Pudo escoger entre una pedagogía autoritaria de fuerza, que era la que en su tiempo estaba mayoritariamente en vigor, y una pedagogía de la dulzura y de la alegría, que para muchos equivalía a un fracaso.

En la Historia de la Educación, don Bosco sobresale por su talante jovial, alegre y optimista, entendiéndolo por «talante» el hábito emocional de carácter entitativo, el modo personal que determina o condiciona el modo de enfrentarse a la realidad, como piensa J.L. Aranguren. Bien es cierto que don Bosco no procede de un análisis previo, que le lleve a elaborar conscientemente un método, sino que va improvisando según Dios le da a entender en cada circunstancia, según él mismo confiesa.<sup>9</sup>

Este talante jovial y alegre aparece en la vida de don Bosco de modo permanente. En el seminario de Chieri funda con un grupo de amigos la «Sociedad de la Alegría», cuya obligación primordial era «suscitar conversaciones y pasatiempos que pudieran contribuir a estar alegres», prohibiendo «todo lo que ocasionara tristeza».<sup>10</sup>

<sup>7</sup> *Libros de Claustros de la Universidad de Salamanca* 57, 32 v.-33. Cf. L.E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, *La Universidad Salmantina del Barroco periodo 1598-1625*, Salamanca, Publicaciones de la Universidad de Salamanca, III, 1986, p. 426.

<sup>8</sup> Cf. N. GRIFFIN, *Jesuit school drama. A checklist of critical literature*, London/Valencia, Grand-Culter Ltd., 1976; F. SEGURA, *El teatro en los colegios de los jesuitas*, en «Miscelánea Comillensis» 43 (1985) 299-327; J.M. VALENTIN, *Le Théâtre des jésuites dans les pays de Langue Allemande (1554-1680)*, Frankfurt, 1978, 3 vols. y *Répertoire bibliographique (1555-1773)*, Stuttgart, 1982, 2 vols.

<sup>9</sup> «Il mio metodo si vuole che io esponga: ma se nemmeno io lo so! Sono sempre andato avanti come il Signore mi ispirava e le circostanze esigevano» (cit. por P. BRAIDO, *Il sistema preventivo di Don Bosco*, Zürich, PAS-Verlag 1964, p. 25).

<sup>10</sup> *Obras fundamentales de San Juan Bosco*. Edición de J. Canals Pujol y A. Martínez Azcona,

Es significativo que sus oratorios fuesen *festivos* y que en ellos su creador asumiese el papel de animador sociocultural, tan de moda en la novísima pedagogía social. «Tengo la impresión de encontrarme en un paraíso terrenal – escribió Domenico Ruffino – porque todos están alegres, con una alegría verdaderamente de cielo, y sobre todo cuando don Bosco se encuentra en medio de nosotros».<sup>11</sup>

La alegría es el secreto de la pedagogía de don Bosco. Comprendió a la perfección que, si existe alegría en el quehacer pedagógico, no es preciso imponer la disciplina, porque brota espontáneamente y es aceptada de buen grado, no como algo que viene del más fuerte, sino como una necesidad del trabajo pedagógico. Esta alegría que es preciso buscar y practicar es aconsejada por don Bosco como fórmula de vida:

«Si quieres hacerte bueno practica sólo tres cosas, y todo irá bien.

– ¿Y cuáles son esas cosas?

– Helas aquí: alegría, estudio, piedad. Este es el gran programa, y si lo pones en práctica, podrás vivir feliz y hacer mucho bien a tu alma».<sup>12</sup>

Alegría, estudio y piedad vienen a ser el carácter distintivo de la pedagogía bosquiana. El estudio y la piedad son consustanciales con la historia de la educación cristiana de todos los tiempos; durante el Renacimiento se insistió con especial énfasis en la *pietas litterata* como el programa pedagógico de la época, pero no se prestó atención a la alegría, lógica consecuencia de una piedad estudiosa o de un estudio piadoso. Tampoco era costumbre en algunas familias tratar con dulzura a los hijos, por considerarlo como negativo para la educación. Es preciso recordar el comentario de Vives respecto a su madre, de la que dice que casi nunca le sonrió ni le demostró indulgencia ninguna, a pesar de que quería a su hijo con la mayor ternura.<sup>13</sup> Don Bosco posee la originalidad de presentar la alegría como el máximo exponente y como el fruto más sazonado de una vida de piedad y de estudio. A su discípulo Domingo Savio le aconseja como algo primordial «una constante y moderada alegría»,<sup>14</sup> como santa Teresa pedía a sus monjas.<sup>15</sup> Alaba reiteradamente la constante jovialidad «hiciese bueno o mal tiempo»,<sup>16</sup> incluso a las puertas de la muerte.

Madrid, B.A.C. 1978, p. 368-369.

<sup>11</sup> *Carta a un amigo* (1857), en: *Ibid.*, p. 156.

<sup>12</sup> *Obras fundamentales*, p. 302. Algo semejante escribió en la biografía de Miguel Magone: «El pulso indicaba que estaba a las puertas de la muerte y, sin embargo, su aire sereno, su jovialidad y el perfecto estado de su razón eran de una persona en completa salud» (*Ibid.*, p. 261).

<sup>13</sup> L. VIVES, *Formación de la mujer cristiana*, Lib. II, cap. XI, en: *Obras completas*, vol. I. Traducción de L. Riber, Madrid, Aguilar 1947, p. 1144.

<sup>14</sup> *Obras fundamentales*, p. 508.

<sup>15</sup> El aviso 24 dice lo siguiente: «Cuando estuvieres alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable y edificativa». En la carta 267 enviada a las carmelitas descalzas de Sevilla les dice: «Procuren estar alegres y considerar que – bien mirado – todo es poco lo que se padece por tan buen Dios».

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 178.

San Pablo había aconsejado insistentemente a los cristianos de Filipo que estuviesen siempre alegres en el Señor: *Gaudete in Domino semper; iterum dico: gaudete*; y don Bosco utiliza la fórmula davidiana de *Servite Domino in laetitia*, aconsejándola a los jóvenes y a las religiosas. No es cierto que los jóvenes hayan de llevar una «vida melancólica y privada de toda diversión y placer» – escribió en *El joven cristiano*<sup>17</sup> – ni que las monjas hayan de vivir en su retiro compungidas y sumidas en la tristeza. No sólo les aconseja que se mantengan «alegres, sanas y santas»,<sup>18</sup> sino que les obliga estatutariamente a estar siempre alegres y de buen humor: «Las HMA estarán siempre alegres con las hermanas, reirán, bromearán, etc.».<sup>19</sup>

La justificación de la alegría no se apoya para un cristiano en razones de índole filosófica, que pueden empujar más bien hacia la desesperación y pesimismo, sino en razones de tipo religioso. Sólo la fe justifica el optimismo, porque sólo ella garantiza la vida más allá de la vida biológica. San Juan Bosco escribió que únicamente «la práctica constante de la religión puede hacernos felices en el tiempo y en la eternidad»,<sup>20</sup> afirmación que todo cristiano acepta, porque la fe proporciona la seguridad que al hombre le falta, al saberse y sentirse en precariedad óptica. El *cor irrequietum* del hombre únicamente recupera la paz y con ella la alegría al saberse hijo de Dios. Sólo de esta creencia dimana, como de río desbordado, la alegría; sin ella el hombre se ve empujado inexorablemente al hedonismo, al agnosticismo, a la angustia y en algunos casos al suicidio.

Don Bosco estuvo obsesionado por que en sus oratorios, en sus centros educativos y en sus comunidades reinase la alegría y se manifestase externamente como el mejor reclamo pedagógico para los observadores. Si hay alegría, si los muchachos se divierten y están alegres, hay garantía de que todo marcha bien y de que el espíritu del maligno está lejos:

«Si dia ampia facoltà di saltare, correre, schiamazzare a piacimento. La ginnastica, la musica, la declamazione, il teatrino, le passeggiate sono mezzi efficacissimi per ottenere la disciplina, giovare alla moralità ed alla sanità».<sup>21</sup>

«La gioia – añade por su parte Pietro Braido – è per Don Bosco *forma di vita*, ch'egli deriva da un' *istintiva valutazione psicologica* del giovane e dallo *spirito di famiglia*. Don Bosco, in un tempo generalmente austero per l'educazione familiare, comprende che il ragazzo è ragazzo e permette e vuole che lo sia; sa che la sua esigenza più profonda è la gioia, la libertà, il gioco, la "Società dell'allegria"».<sup>22</sup>

<sup>17</sup> *Obras fundamentales*, p. 508.

<sup>18</sup> Plática del 23 de agosto de 1885, en: *Ibid.*, p. 699.

<sup>19</sup> Art. 114 de las Reglas o *Constituciones del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora*.

<sup>20</sup> *Obras fundamentales*, p. 339.

<sup>21</sup> BOSCO, *Scritti pedagogici*, p. 168.

<sup>22</sup> P. BRAIDO, *Esperienze di pedagogia cristiana nella storia*, vol. II: *Sec. XVII-XIX*, Roma, LAS 1981, p. 370.

Con el transcurso de los años los oratorios festivos, al parecer, acabaron perdiendo la frescura y espontaneidad de sus primeros tiempos, afectando inevitablemente a la alegría. Así lo vio su fundador al final de su vida. Una noche, al rezar las oraciones que de niño le había enseñado su madre, recuerda el espíritu de los primeros oratorios festivos y los compara con los de entonces, disciplinados, pero poco espontáneos:

«Mi pareva di essere nell'antico Oratorio nell'ora della ricreazione. Era una scena tutta vita, tutta moto, tutta allegria. Chi correva, chi saltava, chi faceva saltare. Qui si giuocava alla rana, là a bara rotta, ed al pallone. In un luogo era radunato un crocchio di giovani che pendea del labbro di un prete il quale narrava una storiella. In un altro luogo un chierico che in mezzo ad altri giovanetti giuocava *all'asino vola* e ai *mestieri*. Si cantava, si rideva da tutte parti e dovunque chierici e preti, e intorno ad essi giovani che schiamazzano allegramente. Si vedeva che fra giovani e Superiori regnava la più grande cordialità».<sup>23</sup>

Don Bosco pedía a los educadores que no sólo fuesen maestros de cátedra o predicadores de púlpito, sino amigos de los muchachos, compañeros de sus juegos, capaces de ganarse su amistad y confianza: «*Allora regnerà nell'Oratorio la pace e l'allegrezza antica*».<sup>24</sup>

Estoy convencido de que este mensaje de don Bosco conserva hoy día toda su frescura. Los pedagogos y educadores de nuestro tiempo se afanan intentando conseguir la eficacia de sus actuaciones planificando al milímetro, desmenuzando el currículum, inventando nuevos sistemas cibernéticos y esforzándose por aplicar a la educación las más novedosas tecnologías. Todo ello es laudable y aconsejable; no se pueden cerrar los ojos al mundo que nos rodea ni tiene sentido practicar una pedagogía obsoleta y anacrónica. Es común el deseo de hallar métodos infalibles, que hagan aprender a los inapetentes muchachos; que reduzcan al mínimo, o lo hagan desaparecer, el alarmante y creciente fracaso escolar y que justifiquen ante la sociedad la inversión cada vez mayor de los presupuestos del Estado en un sistema educativo que hace aguas por todas partes.

Sin embargo a toda la moderna barahúnda pedagógica le falta algo esencial que don Bosco practicó y predicó: la alegría, la simpatía, el amor al educando. Comprendió muy bien que una pedagogía triste es una triste pedagogía.

Desde nuestro punto de vista actual cabe preguntarse a qué se debe que la alegría esté tan alejada de los centros educativos y por qué no ha sido capaz de arrasar prejuicios, rutinas, prácticas y métodos que impiden la comunicación cálida y humana entre el educando y el educador. ¿Por qué los centros llamados educativos siguen ocupados mayoritariamente por maestros áridos, malhumorados y descontentos con su profesión?

<sup>23</sup> BOSCO, *Scritti pedagogici*, p. 286.

<sup>24</sup> BOSCO, *Scritti pedagogici*, p. 297.



Es indudable que son múltiples y variadas las causas que provocan la frialdad educativa. Es cierto también que el viejo proverbio de «la letra con sangre entra» no tiene hoy más valor que el de una frase incluida en una colección de expresiones en desuso. Es cierto que ha desaparecido la coacción física, pero sigue en pleno vigor otro tipo de coacción más sutil quizás, que se manifiesta en la sobrecarga de los deberes escolares, en el sistema de las evaluaciones, en las relaciones nada cordiales y en la función docente ejercida sin entusiasmo y sin alegría. Las escuelas modernas no son ya muladares ni calabozos, pero tampoco son centros en los que la alegría tenga su sede.

Un siglo después de don Bosco los educadores seguimos sin resolver satisfactoriamente el reto de ofrecer una pedagogía amable, atractiva y gozosa de la que brote espontáneamente una alegría profunda y duradera.